Concluyo este pequeño trabajo con un ejemplo claro de la actitud de las capas más reaccionarías con respecto al nombramiento de alcaldes de barrio.

En 1785 la Sociedad Económica de Amigos del País de Segovia propone al Consejo de Castilla que se nombren en Segovia estos alcaldes. El ayuntamiento aristocrático va a entorpecer esta propuesta por todos sus medios. Los regidores ven un intento de menguar sus atribuciones. En 1807 aún se habían nombrado alcaldes de barrio en Segovia. Con motivo de las malas cosechas de principios del XIX, los elementos burgueses van a presionar sobre el ayuntamiento, y acusan a sus componentes de negligencia en la provisión y distribución de alimentos, mientras que...no reparan en disputar una o más oras sobre la preferencia de un asiento; sobre la correspondencia de esta o la otra comisión, u otras etiquetas semejantes.

En el ayuntamiento de Segovia se atrincheraban significativamente las más acreditadas familias nobles de la ciudad. La Sociedad Económica, que parecía decidida a controlar mejor a vagabundos y desocupados, pretendía en realidad desalojar a los aristócratas de sus trincheras. Por ese motivo, éstos declaran que Segovia es una ciudad tranquila a machamarrillo, tanto que afirman que un solo alegre strife para guardar el orden en la ciudad. Pasarán desde la propuesta de la Sociedad en 1785, 26 años, para que, por fin, y con la invasión francesa de 1811 se largue a los aristócratas del ayuntamiento, y queden elegidos comerciantes, pañeros, letrados y becados. Ninguno de los antiguos regidores es elegido.

---

7 ANZAE. García Sáenz, ob. cit., pág. 400.

---

MADRID REFLEJO DE LOS PROBLEMAS SANITARIOS DE LA PENÍNSULA: LA PESTE DE 1596 VISTA POR UN GALENO DE LA CORTE

POR ALFREDO ALVAR ESQUIVEL

«La peste es el más cruel y opuesto enemigo que la naturaleza humana tiene.»

SORDÓN DE RIEROS

«No se hallaba quien quisiera enterrarlos, cuanto más amontonarlos. Para este oficio y para guiar los curros se valló la ciudad de algunos escavadores que compró y no bastando esto se ayudó de algunos encarcelados remitiéndoles la cárcel o sentencia por el servicio.»

F. GAVIÑA, Memoria de los sucesos de Valencia...

El final del siglo se vio marcado en toda España por un azote terrible de peste. Arrasó la Península y sembró el terror en Madrid también. En la Corte hubo varios médicos que escribieron sobre la peste: causas, tratamiento... De uno de ellos venimos a ocuparnos ahora porque su obra apareció junto a otras en una curiosa disputa sobre este epidemia. Además consideramos que no está de más tratar el Mal por excelencia del Antiguo Régimen en estos tres planos: la peste tal y como la venimos hoy, la peste entre la Baja Edad Media y la Edad Moderna y por último, analizar este azote centrándonos en la obra del médico.

La peste es una enfermedad infecto-contagiosa producida por un bacilo, el Yersinia pestis que fue descubierto en 1894 en Hong Kong por Yersin y Kitasato. La enfermedad se presenta de dos formas, la bubónica y la pulmo-

---

203
En cuanto al tratamiento no entremos ni en tecnicismos ni pretendemos sacar a la luz nada nuevo. Simplemente queremos resaltar que con estreptomicina y sulfamida en solución, seis de cada cinco apestados pulmonares se restablecen. Pero la primera vez que se usó la estreptomicina contra la peste fue en Buenos Aires en 1947.1

La peste fue vista ya por autores clásicos como Sófocles, Tucídides, Ovidio o Plinio como un castigo divino; pero aún en 1668 un médico de Rouen aseguraba que «es un signo de la ira de Dios provocado por nuestras perversidades». Así pues, el rezo y la confesión era la medicina más habitual; de este modo lo confirma un documento de 1597:

«Hubo este año peste en Castilla de que partizó Madrid, y como no se aliviaba la peste [...] y para solicitar y conseguir la divina misericordia... se hicieron rogativas y promesas, cosechándose los frutos pronto pues fue cosa maravillosa que el día siguiente [...] se consiguió evidente mejoría y fue creciendo hasta conseguirse del todo la salud.» La encomendación del alma y el cuerpo solía dirigirse a San Sebastián, el Santo Job y San Roque; no obstante la tradición de cada pueblo unía a éstos sus propios santos.

Aristóteles y San Alberto Magno acuden a factores astrológicos para explicar el origen de la peste. Estos autores coinciden en afirmar que la conjunción de Marte, Saturno y Júpiter provoca la epidemia.4 En 1345 coincidieron los tres planetas, lo cual hizo ver a muchos a posteriori que la peste del 48 tuvo un origen astrológico. El azote de 1552 se explicó porque Saturno estaba en Libra y Marte en Leo.5 Asimismo según de qué planeta proviniera la peste, atacaba a unos individuos o a otros; igualmente el cuerpo humano se veía más indefenso según las partes a los efectos de un planeta u otro.6 Sin embargo, parece que «en ningún momento se casó un determinismo astronómico que sería contrario a las doctrinas de la fe católica; los movimientos astrales se mueven siempre por permisión divina, no se olvida que es Dios quien regía las oscilaciones celestes».7

También los movimientos sísicos fueron considerados causantes de las epidemias en cuanto provocaban junto a las tempestades «una abundancia desacostumbrada de ranas y de reptiles». Un temblor arrasó Urbicto y favo-

---

1 MASON-BURR, Enfermedades tropicales, págs. 209 y ss.
2 CIL. por BIBRIN, Los hombres el la peste..., II, pág. 8.
3 LÉON PINEO, A. in: Anales..., tomos. 154 y ss.
4 CIL. CARBESAS, Litúrgica médica... y BIBRIN, op. cit. pág. 10.
5 CARBESAS, op. cit. pág. 84.
6 Ed., pág. 86.
7 VERGER, Astrología y astronomía..., págs. 67.
reclamó la aparición de una epidemia; igual ocurrió en Barcelona entre 1410 y 1413, en Angers en 1485...

Además de los terremotos deben mencionarse otras calamidades como las tormentas, los incendios, las malas cosechas y por supuesto la tétrica pareja del hambre y la guerra. Pero lo más calamitoso eran las malas cosechas. De sobra es conocido el ciclo que se iniciaba con ellas y se continuaba con una carestía, luego hambre y se cerraba con una peste, volviéndose a abrir por falta de mano de obra en el campo. El hambre provocada por una mala cosecha era tan temida como la misma peste pues «hambre y peste andan unidas como hermanas».

La teoría que tuvo más seguidores fue, sin duda, la anunciada por Galeano, por la que la epidemia era originada por una corrupción esencial del aire producida por los cadáveres en enterrados o por los vapores corruptos desprendidos por las lagunas en verano. En 1679 en Sarburit se colgó a un perro sobre una fosa común. Como el animal murió en las cuatro horas, se ordenó hacer más profundos los enterramientos.

**El Breve Tratado de Peste**

La obra de Antonio Pérez está escrita en un momento en que el azote ataca con plena virulencia. Es en estas circunstancias cuando aparecen una serie de tratados sobre peste. En el reinado de Felipe II se llevan a cabo en dos etapas: de 1565 a 1570 y de 1587 a 1599.

El cinco de noviembre de 1596 atracó en la rada de Santander un buque procedente de los Países Bajos: era el Rodamundo. En la apestada Calais, puerto obligado en esta ruta había embarcado un tal Bartolomé de San Juan, vecino de Castro Urdailes, cuyo propósito era vender su carga, ropa, en Santander. Así lo hizo y no tardó en propagarse una epidemia de peste primero por la Montaña, Castilla la Vieja, Asturias... y luego por toda España. Hasta 1802 no se notó retroceso en la epidemia y hasta 1604 no podemos hablar del fin del azote. Sus víctimas superaron el medio millón de hombres.

La peste del 96 es especialmente curiosa por cuanto levantó entre los médicos una serie de disputas sobre el origen y remedio del mal. Las discussiones deberían ser tan enconadas que llegaron a oídos del ya Rey Felipe III, que ordenó al:

> «Doctor Luis de Mercado, Médico de mi Cámara y uno de mis protomédicos, por la necesidad precisa que se atiene [sic] ay en los más mienos de Castilla, de ocurrir a esta manera de peste, tan general y perniciosa, pareció ser cosa necesaria se hiriše dello un tratado para que en todas las provincias y ciudades, villas y lugares de los que se entienda y sepa con certidumbre qué enfermedad es, y qué orden se debe tener en la guarda y providencia de los lugares sanos y cómo se atajará en los que ya están tocados: y lo que cada uno debe hacer en guardia y defensa de su salud y cómo, y con qué remedios se curarán los que ya estuviesen heridos, y confiado de vuestras letras, prudencia y experiencia, que sé sabréys hacer y disponer como la necesidad lo pide os le he querido conocer y encargar, como por la presente lo hago, para que hecho se imprima, como lo he mandado y distribuya luego por los procuradores de Cortes de los dichos mienos Reynos, sin que aya dilación, Ni se asea necesaria otra dedicación: pues le huvistes comunicado con los demás médicos de mi Cámara. Y así mudando que ninguna otra persona le pueda imprimir ni distribuir, ni se os ponga en ello ningún intervalo ni dilaciones, sino que por la orden que os pareciere, hagáyslo lo uno y lo otro: para que tenga buen efecto con mucha brevedad...»

Que los debates fueron enconados lo demuestra el hecho de que en 1599 Herrera escribió sus *Dubitationes...* sobre el tratamiento de las secas y cuarzos, obra a la que respondió Zamudio con otra encargada por el Consejo de Castilla y que había sido redactada después de arduas deliberaciones con Porras, Bermejo, Horozco y Salinas que eran médicos de cámara, con Espinosa, Mientemayor y Antonio Pérez, cíntujanos del rey; con el propio Herrera y con los doctores Septulveda y Sosa.

No debe extrañarnos que uno de los médicos que tomó parte en las deliberaciones se lanzara a escribir un tratado más. ¿Quién era Antonio Pérez? Los datos biográficos que tenemos sobre él nos permiten rehacer su vida. No obstante, ha existido cierta confusión sobre su vida ya que en 1568 hay en Madrid otro Dr. A. Pérez. Así se ha tratado su vida en la historiografía: son evidentes las equivocaciones por falta de consulta documental.

> «Antonio Pérez, natural de la provincia de Alentejo Grande Médico e cirurgião, cujas partes exercitou com fortuna e scelencia em Castella merecendo por ellas o lugar de Cirurgião Mór do Rey [...] Feto tempo e lugar occupou de cirurgião Mór parece ser author do livro intitulado Tratado de la peste»

---

\[1\] Ante todo se refiere a un siglo antes, el ciclo está muy bien explicado en Ramondo-Tensetti, *Los fundamentos...,* págs. 3 y ss.

\[2\] Así lo afirma Leyva, Cth. por Carreras, op. cit., pág. 91.

\[3\] En *De Diferentis febrivm...,* cit. por Carreras, op. cit., pág. 86. — 206 —

\[4\] En Martorell a 14 de julio de 1599. La parte está íntegra en su obra.

\[5\] Granita, *Capítulos...,* págs. 169-70.

\[6\] Barberà, vol. I.
— «Antonio Pérez, portugués de la Provincia de Alentejo [...] fue cirujano»

Continúa en nota afirmando que «nos inclinamos a pensar que no fue cirujano de cámara de Felipe II, en contra de la opinión de Morejón y Chinchilla, ya que de serlo figuraría dicho título en la portada o en otro lugar de su obra *Suma y Examen de Chirurgia*. En la licencia que se halla al frente de la edición impresa en Madrid, 1568, fechada en Madrid a 7 de mayo de 1567, el Rey se la concede "al licenciado Antonio Pérez portugués Chirurgano estante en esta nuestra corte...

— Nicolás Antonio habla de dos Antonio Pérez distintos.

— Doctor Portugués.—Participó de los cuidados que se dispensaron en la última enfermedad a la reina doña María Manuela de Portugal. Parece ser que suscitó envidias entre los médicos castellanos, huyendo en una borrica cuando se enteró del fallecimiento de su señora.

— En la portada del *Breve Tratado de Peste* se lee «Compuesto por el Doctor Antonio Pérez Médico, y Cirujano de su Magestad».

— Por último, vamos los datos que ofrece Pérez Pastor y que no han manejado los autores que actualmente han tratado sobre el tema de escritores de la Peste. En 1574 escribe al rey explicando lo siguiente:

> «El Licenciado Antonio Pérez, cirujano, dice que después de haber servido a la familia del Príncipe N. S. que haya gloria, por orden de los protomédicos ha residido cerca de la persona del señor Don Juan en Granada, que ha sido de mucha utilidad, y que agora va con su Esca esta jornada, y aplica a V. Magestad que acatando lo referido se lo dé a su astuto de cirujano. El Sr. Don Juan ha hablado por éste, y así verá V. Magestad lo que es servido hacer por él».

A esta carta respondió Felipe II: «Creo que ya se le ha dado».

Deducimos por tanto, que desde luego en 1574 ya trabajaba en la corte y que, a través de la respuesta de Felipe II se le nombra cirujano real. Se desprende también su actuación como médico de campaña en las Alpujarras, etc. Todo ello y más se confirma con otro documento, esta vez expedido en 1605 en el que se dice:

---

18. *Breve tratado de peste... Carta del autor*.

---

— 208 —
BREVE TRATADO DE PESTE, con sus causas, señales, y curación: y de lo que al presente corre en esta villa de Madrid, y sus contornos.

COMPUESTO POR el Doctor Antonio Pérez, Médico, y Cirujano de Su Magestad.

DIRIGIDO AL DOCTOR Andrés Camudio de Alfaro, supremo Médico de la Camara de Su Magestad, y su Protonmedico.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, Por Luis Sánchez. Año M. D. XCVIII.

Véase la esquina de Sala de Puerta en casa del Autor.

Portada del Breve Tratado de Peste... de Antonio Pérez. BNM, R-476.
«Señor. En 22 de Junio pasado fue V. M. servido de mandar reunirse a la Cámara un memorial de Doña Estefanía de Mesa, viuda del Doctor Antonio Pérez, médico y cirujano que fue de V. M., y en él dice que el dicho su marido sirvió a V. M. quarenta años, los más dellos de médico y cirujano mayor de las Armadas y Exércitos teniendo a su cargo todo lo tocante a la salud y cura de los enfermos y heridos soldados y hospitales, asistiendo siempre a las trincheras con particular cuidado y caridad y socorriendo de su hacienda a los enfermos y haciendo muy particulares cursas, y que así mismo sirvió en la Guerra de Granada al Señor Don Juan de Austria, y después en la batalla naval, y pasó con su alta a Flandes, y por su mandado quedó en el fuerte de Túnez donde se perdió y fue canzivo y se rescató a su costa y después fue asesinado en las jornadas de Portugal y de Terceira y Inglaterra y últimamente volvió a los estados de Flandes con el conde de Puentes, y en todas estas ocasiones sin hacer falta a su oficio, arriesgo su vida como buen soldado haciendo servicios particulares como podrán informar de todo los secretarios Andrés de Prada y Esteban de Ibarra que fueron de él testigos de vista, y consta por los papeles de que hace presentación, y últimamente habiendo venido de Flandes con licencia y cartas de recomendación del Archiduque, por estar la villa de Madrid peligrosa del mal contagioso, le fue encargado de parte de S. M., que esté en gloria, la superintendencia de la cura de los enfermos de este mal, en que se ocupó casi tres años con grandísimo trabajo y peligro, y compuso un libro de la forma en que se habla de curar que fue de mucha utilidad y provecho, sin que por lo que trabajó en esta ocasión se le hiciera merced alguna; sólo ha gozado cinco años de trescientos ducados de renta que por el Consejo de Guerra se le dieron, y de ochenta mil maravedés de sus gajes dos años en su casa, y que en el discurso de todo este tiempo ha gastado su patrimonio, por cuya causa ha quedado ella tan pobre que sí V. M. no la ampara y a sus hijos no tendrá con qué los dar estado ni ella sustentarse, y suplica a V. M. que teniendo consideración a lo que aquí refiere y a su necesidad, se sirva de hacerle merced que pueda gozar de los ochenta mil maravedés de los gages, que el dicho su marido tenía en su casa, para poderse sustentar.

E visto en la Cámara lo que la dicha Doña Estefanía respetaba y la buena relación que se tiene de ella de lo bien que sirvió el dicho su marido, parece que siendo V. M. servido, le podría hacer merced de sesenta mil maravedís en cada un año por su vida, o hasta que se le haga otra merced equivalente de los ochenta mil maravedís que su marido gozaba en su casa. Valladolid 12 de Agosto de 1605».

El 31 de agosto respondió Felipe III: «Está bien».

De todo esto se desprende que nuestro Antonio Pérez fue un médico de origen portugués que ya trabajó en la Corona de Castilla al menos desde 1567 (al año siguiente aparece su Suma y Examen de Chirurgia) cuya personalidad es distinta de la del doctor portugués que atendió a doña María Manuela.

——- 209 ——

Como hemos visto, fue un hombre —permítasenos decir que castellano, ya que en esta Corona pasa su vida— que se forjó en los campos de batalla de Europa (Alpujarras, Lejano, Portugal, la Tercera, Flandes...) y cuya vida co-rrió grave peligro mientras escribía la obra que nos ocupa, ya que la segunda partie no es suya.

Aclarada así la vida de este médico, pasemos a analizar su escritor.

Existe en la B.N.M. una obra catalogada como R-4276 de la que no conocemos edición moderna, sí bien el Ministerio de Educación y Ciencia lanzó por medio de su Dirección General de Archivos y Bibliotecas una reproducción microfichada. La obra que nos interesa se titula BREVE TRATADO DE PESTE, / con sus causas, señales, y cura / de lo que al presente co / rre en esta villa de Madrid, / y sus contornos. / COMPUESTO POR / EL DOCTOR Antonio Pérez me / dico, y curándose de su / Magestad: / DIRIGIDO AL DOCTOR / Andrés Zamudio de Alfarro, supr / to Médico de la Cámara de su Mage / stad y su Protoedé / ca / Vidétes y sellos de las Bibliotecas Real y Nacional / CON PRIVILEGIO. / En Madrid por Luis Sánchez: / Año MDXCVIII. Véase en la esquina de Sita Cruz, y en casa del Autor.

Consta, además de la Portada de Tassa firmada por Alonso de Vallecio, Suma de Privilegio, refrendada por el mismo; una Aprobación por Francisco González de Sepúlveda. Trae también una Fe de Erratas con cuatro rectificaciones, firmada por Juan Vázquez del Mármol y, por último, precede al texto una carta del autor a Andrés Zamudio. El Tratado... en sí lo componen 32 folios r y v, constando en todos el registro. Los cuatro últimos son de distintos autores aunque mantienen las mismas características. Las dimensiones de la obra son 9,5 x 14 cm. Las tapas de pergamino; la encuadernación, por costura.

Al principio de la obra Antonio Pérez define la peste de modo dramático: «pestilencia es una calentura matin causada de putrefacción y corrupción de ayre; que a muchos da, y a los más mata». Sus ideas son plenamente aéristas, siguen fielmente a Hipócrates y a Galeno «como la peste aya de proceder de putrefacción de ayre, esse podreçio y en mada calidad convertido será la principal causa de la peste —más claro no puede ser—, por que no pudiendo evitar el uso del tal cual fuere, le inspiramos: y siendo venenoso tragado, o transpirado, avena los espíritus y humores en el cuerpo, más en unos que en otros, conforme la disposición en ellos halle; y esta es la causa que en una causa da a unos, y a otros nos».

Pasa más adelante a narrarnos las clases de putrefacción del aire, unas terrestres y otras celestes. Lo más destacable de sus afirmaciones es que las causas celestes son la ira de Dios, por nuestros pecados embriada [...] aunque los Astrólogos atribuyen esta impuridad de ayre a los Astros, y signos del cielo«, poniendo así en entredicho todo origen sideral de las epidemias. Resulta además curioso, el que no vuelva a hacer mención a la Divinidad cuando haya que referirse a la etiología; por otro lado afirmará que «tanto quanto fuere el mal olor, tanta será la putrefacción, y corrupción que de ahí saldrá, de lo cual el ayre se corrompe, principalmente si es craso, y se detiene sin correr libre; que dizen ventilarse, que asf el mucho viento bueno desaparece, y consume el poco ayre malo». No dejaba de ser aún un poco ingenua la idea de que con que se moviera el aire—se ventilase como dice Pèrez— el bueno desplazaría al malo y la enfermedad por lógica tendería a desaparecer.

Pero vamos a ir viendo cómo la observación se irá imponiendo a la ingenuidad. Así Pérez se siente capaz de citar unos fenómenos por los que podemos pensar —temer— que se asecan una peste: «por la grossedad del ayre, y desempolanza, se crean muchas inmundicias de la tierra, y animalejos insectos, asquerosos, y pongoñíosos, como son ratones, sapos, cuelebras, lagartijas, salamanqueras, muchas suertes de arañas, moscas, mosquitos, renacuajos y otros mil suertes de sabandijas»; se trata de un enunciado que hasta el xix y con Mendel no se verá desestimado: nos referimos al concepto de generación espontánea.

Pérez sigue con los avisos; podrido el ambiente, los alimentos y las bebidas, «las gentes se sienten en sí laxitudines, floxiedades, disgustos, sin saber de qué proceden, quéanzan muchos de congojas, anxiiedades: y si con esto corren tabardillos, sarampión, muchas viruelas, malos dolores de costado, frenesí, muchos divíos malos, y algunos carbunclosos, y otras enfermedades malas pitridas, ay mal deste mal futuras». La peste en el hombre se iniciaba con una profunda crisis mental a la que seguía el mal físico.

Otro aviso de que puede estar llegando la peste es que en tiempo de frío haga calor y al revés. Resultará ya inevitable la epidemia si se hallasen aves muertas o si huyan «de las partes baxas a las altas, y a las altas, a las arboledas: otras veces andarse [sic] metiendo y escudriñando por carcaças, y
bosques, y por lugares frescos. Cuando las aguas se corrompen hálanse pés
zes muertos, y otras sabandijas». No dejaba de tener cierto tinte augur el
determinar la venida de la peste porque las aves fueran de un lado a otro o
se anudvieran escondiendo.

Pero lo que también llamaría su atención —tenía que aceptar algo sobre-
natural— son una serie de efectos para los que no encuentra respuesta. Ve-
nos este testimonio: «Señales que es pura ira de Dios, que no se alcanza
razón de causa alguna eficiente, ni material de putrefacción, y corrupción de
ayre». Resulta totalmente desalentador para los galenos el que «ninguna suer-
te de remedios obedecen a dichas enfermedades. Y si a alguno le parece aver
aprovechado algún remedio, este mismo remedio aplicado a otros, parece
evidentemente averte muerto». Ante esta situación, a grandes males, grandes
remedios, y pero ello «lo mejor es huyr [de] la ira de Dios, procurando su
gracia [...]. siendo esto así [...] será bien [...] estar bien con Dios, aplacando
su ira».27 Como al parecer por más que se rezase no se conseguía mucho, el
médico afirma a renglón seguido: «lo segundo procurando evitar el tal malino
ayre, huyendo de todas las ocasiones a putrefacción y que puedan causar mal
olor»28 como aguas estancadas y muladares. Más adelante hace una serie de
recomendaciones como enterrar en fosas hondas los cadáveres, cerrar los po-
zos y casas de donde salga mal olor, favorecer las corrientes de aire, hacer
fuegos por todas partes... «al particular de cada uno es, que los hambrientos,
los muy fatigados y a los que muchas frutas comen, y los muy dados a mujeres,
y los que comen malos manjares, y desordenadamente: y los que tienen ma-
los humores corren más peligros, y más presto se le pega este mal»29.

La descripción que hace del paciente es extraordinaria; la fiebre es «unas
vezes grande al principio, y otras veces parece más chica; porque lo interior
se quema y lo exterior se enfria, como pico, o manos: tiene gravedad de ca-
beza, seueladad de boca, sed grande, grande angustia, congoja e inquietud,
pulsus dóbles, frecuentes, interpolados, urinas varias, bómitos, y si son ver-
des no ay esperanza —no es de extradar— respira con trabajo, turbaciones
en la vista, mal dolor con turbulencia y sin provecho». En la piel «a los más
aparecen segullas en las ingles debajo de los braços, y en el cuello, y carbun-
cos, en cualquier parte del cuerpo, lo qual se hace expelliendo naturalmente
de lo interior a lo exterior... como si en el higado, a las ingles salen secas, que
dizen landre: sí en el pecho debajo de los braços: y sí en el cerebro, arroja
al pesceu, si puede lo que le molestá».30

Son las muestras de que la epidemia ha entrado en una población. En este
punto Pérez hace una curiosa relación de curas, remedios y preparados que
se han de tomar no sólo para con los vivos —afectados o sanos— sino tam-
bien para con los muertos. No son en absoluto desefiables las disposiciones
higiénicas que propone para ciudades, hospitales y casas.

Para no caer afectado, ante todo «lo primero procure tener el alma limpia
de pecados». Pero como la enfermedad ataca también al cuerpo, debemos
«comer buenas comidas, poco y bueno [...] no se fatigue demasiado, no coma
frutas, legumbres, ni cosas pingües, leche ni otras cosas de fácil corrupción,
con lo que nos quedamos sin vitamina. No podían faltar otras recomenda-
ciaes como «no sea lujurioso, huya de malos olores y de habitar en partes
basas» para que no le lleguen puttingos efusivos. Más adelante vuelve a repetir
¿es una obsesión? —y lo más cierto es largarse, y huir con tiempo [...] le-
oxos, y tomar muy tardes».

En cuanto a los apestados, lo mejor es «echarlos fuera del lugar en parte
descubierta a todos vientos, y allí formar casas o barracas, o tienda adonde
sean curados, y residan los que con ellos tratan, y no turnen a entrar en el
lugar aunque sanos hasta pasado algunos días, que dizen hazer quebrante-
na»31, mera utopía. Nuestro autor bien lo sabía: enfermos y sanos van a con-
vivir dentro de la ciudad sin tomar medidas, por lo que la epidemia se
propagará sin remedio. El aislar a los apestados, aunque bajo cuidado médico,
necesitaría de ningún modo. Por ello, «en las habitaciones, casas, calles,
plazas, hagen fuego de leña, que purifique el ayre, como remero, enseñyo,
entre lo y árboreos, arbustos, cantueso, salbia, espliego, y otras
cosas asf»; y es que éste era el fondo de la: la putrefacción del aire.

Al que le toque el difícil papel de ayudar el enfermo, para no quedar con-
contaminado, puede tomar «cada mañana en ayunas una cucharada de conservas,
que dizen Diatheseoros, cuya receta es «dos partes de higos buenos pingües,
una de nueces montadas, medía de ruda verde, octava parte de sal, así con
sés oñas d de higos, tres de nueces, dos de ruda, medía de sal, piltar en un
mortero las nueces, sal y ruda muy bien, y luego echar los higos, y todo bien
pistado hecho pasta, tomar una libra de miel, medía de açucar, y cocerlo todo
junto, no demasiado, meneándolo: y al aparatar del fuego, echar polvos de
pléyéa vezar será bueno». Si al que ha de tomarse el potingue no le agrada éste, no importa porque hay otras píldoras que «llaman de Ruffo, y otros las llamadas de Rassis —¿sería el moro Razés?—, házense de dos partes, de azahar, una de mirra, y media de açafra». Todo esto lo acompañaremos «con un buen vino blanco» 46.

Vuelve al poco a referirse a la importancia de los buenos olores 47, por cuanto implican la purificación del aire próximo. Otros, sin embargo, «usan trae saquillos aplicados al corazón, en que tienen solán, o piedras preciosas, y pomas de olor» 48. No debemos tampoco despreciar el «andar limpio, mudar camisa, y ropa limpia», a menudo 49. La sociedad deberá de preocuparse por la existencia y celebración de «danzas, bailes, máscaras, regocijos, y entretenimientos placenteros, que provocassen a alegría y holgura» para re- latar las tensiones. De todos modos, y como siempre en tiempos de catástrofe o escasez, «aya gran caridad, de manera que no aya estremas necesidades» 50.

En cuanto a la cura de los apestados, conviene que defuerten y sean sangrados a diario: «lo primero, procurar que hagan cámara con cristeros o calas, y en esto se ha de tener particular cuidado, que cada día se haga cámara, y luego sangrarle de la parte donde apunte el mal, y no de otra, de manera, que quantas vezes pareciere sangrarle, sea siempre de allí». Síntomas de la peste como la seud, el mal dormir y otras más tienen su remedio con unas recetas que Pérez nos brinda especificándonos, además, su administración y dosis 51.

En las páginas siguientes Pérez explica cómo curar las bolas de los afectados; el remedio más que sanar, a nuestro parecer, infectaría las heridas: «basta con ponelllas a los carbunclos un pegalillo de llaquillo mayor con muco armonico [...] cargará la herida con polvos de Ioannes de Vigo, y polvos de alumbre quemada [...] metidos allí dentro bien por las sajaduras [...]». Si aún así no ha curado lo cual no es de extrañar, «es menester que todo lo que se va procediendo cortarlo, y lavar con coziniento de cevada, altramuces, axensos, y apio, en este coziniento echar un poco de vino, y ungüento Egipto-caco» 52, si fuerte es la enfermedad, no creemos que disminuya con estos remedios. De todos modos, Pérez dice a su favor que «muchos otros remedios de autores graves [...] tengo noticia [...]» y experiencia, por haberme hallado

en muchos trabajos destos en Valencia, Italia, Flandes, Lisboa y aquí aora; pero con los que he tenido mejores sucesos, son los arriba dichos [...] que es lo que al presente y en esta casa usos 54.

Triste —¡mordaz!— el principio de la segunda parte del Breve Tratado de Peste, pues en ella se puede leer que «el Doctor Antonio Pérez [...] por quanto que está con calentura en la cama, y no se sabe lo que Dios hará de su vida...» 56 muy a pesar de todos los métodos preventivos que nos recomendaba.

En esta segunda parte se hace petición de aumento de sueldo para el barbero-cirujano del hospital 57 y se da información, órdenes y demás sobre la higiene y funcionamiento de una casa de enfermos.

Una de las primeras observaciones que se nos hace es que «todos los que vienen a curarse a la casa son muy pobres» 58. A partir de este momento para el autor de esta parte hay un hecho esencial que ha de imperar ante una situación similar a la que está viviendo Madrid en ese momento: la higiene, la limpieza tanto del hospital como de cualquier lugar en que viven apestados. Refiriéndose a los hospitalizados dirá que llegan al sanatorio «con muy poca ropa, u suiza, y esta se tiene por los rincones de los aposentos y corrales: y las camisas que tron vestidas suizas y rotas, se tienen vestidas hasta que sana, y se van o se mueren». Así, por tanto, para mejorar curar nada como la limpieza porque todas las pupas necesitan «untrutas, emplastos, ungüentos, lavatorios [...]», a los corrales se sacan los trapos [...], servicios y orinales, y todo se echa en los corrales, uno enclima de otro y allí se pudren, y se levantan malos hedoros y vapores [...] lo qual es causa de que saien tarde los enfermos, y mueran más de los que avian de morire 59.

Sigue con otros avisos que nos pueden producir cierta gracia al leerlos, más estupor si reflexionamos: «que se les muden a los hospitalizados las camisas, y sudas, si quiera cada ocho dias, uesta ropa se lava cada dia con leña, y jabón en agua corriente fuera donde se lava la del lugar» 60. ¿Cómo iba a sanar nadie con esa pasta de ungüentos, sangre y sudor en las ropas?

46 Fol. 24v-25r.
47 Fol. 25r.
— 214 —
48 Fol. 28r.
49 Fol. 28v.
50 Fol. 28v. "Se le asiste al barbero práctico los dos ducados cada mes que heman concer-
tados (28v), salario que en nada envidiaba al de cualquier médico de Corte, pues percibía unos 90.000-90.000 maravedís. Pocos llegan a los 100.000 y uno sólo llegó a los 172.000. Un ducado eran 375 maravedíes, por lo que percibía el barbero unos 36.000 maravedíes. Cfr. Justino M. S. Las cifras de este autor se quedan en 1569.
51 Fol. 25v.
52 Id.
53 Fol. 11r. v. 1r. 10v y 11v.
54 Fol. 12v.
55 Fol. 11v.
56 Fol. 12v y 13r para las últimas citas.
57 Fol. 18v y ss.
58 Fol. 19r-19v.
— 215 —
Pero aún podemos sentir más pena por los hombres del XVI si nos imaginamos los hospitales de entonces según el testimonio de Pérez. Pero qué familiar nos resulta aún hoy esa descripción: «son los aposentos muy chicos, y las camas muy juntas, y algunos de dos en dos, porque no hay camas, i aposentos donde ponellas»; más adelante, «que las camas están a lo largo unas de otras, y en cada cama no aya más de un enfermo, y allí aya escrito camas tantas, y una tablilla con un jarrillo, por donde beva», siendo espeluznante el último encargo: «que no bevan todos en un cántaro o jarro».

Por lo que se refiere a la administración del hospital y a su buen funcionamiento es indispensable que «en entrado el enfermo se escriba su nombre, de dónde es, y qué ropa trae, qué condición es la suya, y qué oficio»; observaciones que ahora la investigación agradece cada vez que se encuentre un libro de hospital debidamente cumplimentado.

En el caso de que el enfermo abandone el hospital muerto, recomendaba que se enterrara en una profunda fosa con la tierra bien pisada y todo recubierto por palas de cal y arcilla. Del mismo modo habrán de enterrarse todos los animales domésticos fallecidos «no contentándose con echarlos fuera del lugar, o en el río», costumbre aún hoy no abandonada.

Para los trabajos más desagradables, tales como recogida de cadáveres, sepulturero, limpieza de casas, patios, etc., se encumbraba la existencia de un encargado, un hombre «con su azada y pala», que será libre de hacer su trabajo, o sea ni reos ni esclavos. Era un buen paso adelante que no se tendrá en cuenta.

El Tratado de Peste... finaliza con otra petición: «ya una persona de fuera, que sea honrada, y muy caritativa, que entre aver si lo arriba dicho se cumple [...]; riña las faltas y advierta para que se provea».

De lo que fue del médico, nada más sabemos. De sus intenciones y buenas ideas quedó constancia en su obra y esperamos que reflejo en estas páginas.

Conclusión

La obra de Antonio Pérez podemos enmarcarla, por una gran cantidad de noticias que nos proporciona, dentro de las más típicas de la peste. Así lo afirmamos, pues para él resultan básicos los fundamentos aeristas que en su tiempo dictó Hipócrates y que en pleno siglo XVI se mantenían vivos.

Mantiéndose dentro del tradicionalismo, Pérez caerá en el error de la defensa a ultranza de las sangrías y de las comidas escasas, faltas de verduras y productos lácteos, con lo que el organismo se resentiría aún más de la enfermedad. No deje de ser curioso el que afirme que «las enfermedades que al presente corren en la Villa de Madrid y sus contornos, aunque en todo no sean pestilentes [...] son empero malas, y perniciosas, y traen apariencia de peste, y las mismas señales, excepto que no son tan malas, ni se pegan con tanta facilidad, por contagio, ni matan tantos como vemos, y obedecen a los remedios, que con tiempo y conforme a razón se hacen». A esta aseveración sigue otra no menos llamativa: «a los que acabamos de sanar los embaños a sus casas, no hemos visto ayan pegado a los demás algo»; sigue con cifras concretas, «de cuatrocientos sesenta y nueve que hasta hoy gozarán diez dobles de los años que se han despedido desta casa [...]».

Posiblemente Pérez se equivocó en las observaciones porque la peste no cesó hasta el 1604. Es posible aún no hubiera llegado a Madrid. Comparése la fecha que da Pérez con la de Pinelo referente a la peste de Madrid: faltan pocos días entre ambas datas.

Por otra parte hay de ser resaltadas las observaciones higiénicas que hace Pérez a través de su interlocutor, así como las recomendaciones para una incipiente organización administrativa hospitalaria.

Creemos por todo lo dicho que si bien en los aspectos meramente etiológicos y farmacéuticos Pérez es un personaje más del siglo XVI, no podemos decir lo mismo en lo que se refiere a los métodos sanitarios que propugna. Si en cuanto a lo primero se le puede definir mediante el vocablo Tradición, no podemos decir lo mismo sobre el segundo aspecto, donde ha de ser definido como Innovador. Esta fue su meta: la lucha por la limpieza y la profilaxis en casas y hospitales.

APUNTE BIBLIOGRÁFICO


Barros: Bibliotheca lasciana historica, critica e cronológica, Lisboa.


Folios 20v y 31v.
Fol. 20v.
Fol. 30v.
Folios 31v-32v.
Fol. 32v.

Fols. 7v-8v para las últimas citas.


KIEREN: *Epílogo en Medicina y en Cirugía conviene a la salud*, Pamplona, 1498.

LEÓN PINHEIROS, A: *Anales de Madrid (Desde el año 447 al de 1658).* BNM, varias ediciones.


PÉREZ, A.: *Breve tratado de pestes, con sus causas... y de lo que al presente corre en esta Villa de Madrid y sus contornos*, Madrid, 1668.


--- 218 ---